

Este golpe fué fatal para mi.

Todas mis esperanzas se habian desvanecido, acaso para siempre; porque ¿á quién pediria proteccion, ni quién me la daria, cuando supiera que todo un soberano habia estado dispuesto á ampararme, y que el convencimiento de la inutilidad de mis planes le habia obligado á dejarme en el abandono?

No perdia sólo la esperanza del hombre amante de la ciencia, sino la esperanza del padre, del esposo y del hijo.

La fortuna que yo habia soñado para los míos se escapaba de mis manos, y al caer la venda de mis ojos, no hallaba en torno mio más que las huellas de la miseria.

Mi pobre esposa no pudo resistir tantas amarguras, y su muerte vino á aumentar mis terribles desdichas.



Capítulo VI.

El peregrino.

Despues de una breve pausa, prosiguió el viajero su interrumpida narracion:

—¡Pobre Felipa mia! ¡Ella era la única en el mundo que me habia comprendido, que habia dado fé á mis palabras, me abandonaba. ¿Qué iba á ser de mí?

¡Su pobre madre no tardó en seguirla al sepulcro!

Beppo, amaestrado por mí en el arte de la navegacion, ávido de surcar las hondas, habia pedido á su madre. y obtenido de ella, el permiso para embarcarse.

Se separó de nosotros antes de perder á su hermana y á su madre.

Su suerte ha sido muy distinta de la mia.

Más tarde he sabido que es feliz, que cuenta con recursos para vivir holgadamente, y él es quien me ha animado á emprender este viaje, y quien me ha prometido velar por mi hijo, mientras yo busco en todas partes, y hasta el día de mi muerte, los medios de realizar mis planes.

—¿Y ha trascurrido mucho tiempo desde que visteis al rey de Portugal?

—Sí, han trascurrido algunos años.

—¿Y cómo habeis vivido desde entonces?

—En la miseria, abandonado de todo el mundo, considerado como un pobre loco.

Los que ante la esperanza de que obtuviese yo la protección de un soberano habían acudido en mi auxilio y me habían prestado cantidades para preparar mi empresa, al verme en la desgracia me persiguieron con un encarnecimiento terrible, se apoderaron de mis mapas, de mis manuscritos, de mis globos, de los escasos libros que poseía. Y yo no sé, desde entonces hasta ahora, ¡cómo he podido dar pan á mi hijo y vivir para él!

—¡Cuánta desgracia!

—Yo, que había soñado un mundo y un premio, no veía en el porvenir más que una muerte desastrosa para mí, un abandono horrible para mi pobre hijo.

Las privaciones, las fatigas, las pesadumbres, me acarrearón una enfermedad.

En una de las plazas de Lisboa me faltaron las fuerzas, y caí al suelo.

Los que me vieron:

—¡Es el loco, es el loco!—exclamaron.

Compadecidos de mí, me llevaron á un convento, en donde uno de los frailes, gozaba de gran reputación como médico.

Al verme, comprendió sin duda que mi enfermedad era más moral que física, y conolido de mi desgracia, mandó que me pusiesen en una celda y me asistiesen con el mayor esmero.

—¿Te acuerdas, hijo mio,—añadió el pobre hombre, dirigiéndose á su hijo,—de aquel día de amargura, el primero en la vida para tí?

Al ver que no llegaba á casa, salió precipitadamente en busca mia; recorrió las calles, preguntó á todo el mundo, y cuando supo dónde estaba voló á verme.

Dijo quién era y llegó hasta mi celda.

—¡Hijo mio, ven, ven á mis brazos, que al recordar aquel momento de nuestra vida, no puedo ménos de bendecir á Dios!

Al verle, se reanimaron mis fuerzas: los auxilios de la ciencia no tardaron en fortificarme de nuevo, y al salir de aquella santa casa llevaba en mi alma una resolución irrevocable.

En el momento más peligroso de mi enfermedad, cuando la fiebre me devoraba, cuando pensaba en la orfandad en que iba á dejar á mi hijo, á impulso del cansancio y del mal, se cerraron mis ojos.

Pero los abrí en otro mundo, en otra esfera, en otra vida.

Soñé, pero mi sueño fué una revelacion; sí, no hay duda, fué una revelacion.

—¿Y qué soñásteis?

—Soñé que iba por un camino, y despues de andar mucho, fatigado, rendido, hallé un árbol, bajo cuya sombra me puse á descansar.

Un cristalino arroyo pasaba cerca de allí. En él sacié mi sed, y aun no habia pasado mucho tiempo, cuando se presentó á mi vista una mujer, que parecia por su rostro una vírgen, por su aspecto una gran señora.

—Huye de este país, que no te ha comprendido,— me dijo:—en él te aguarda la miseria, pero el mundo es muy grande: otra nacion hay en el mundo que te abrirá sus brazos. Si un soberano, cediendo á los consejos de tus enemigos, te ha despreciado, otros soberanos darán cuanto posean por la gloria de que se realicen tus designios. Huye, huye de Portugal; no estés un solo instante en él. Cerca, muy cerca, al lado, hay otro pueblo, donde quizás se cambié tu destino.

—Y ese pueblo, señora,—le pregunté,—¿cuál es?

La vision desapareció de mi vista; pero una nube pasó ante mis ojos, y en ella, con caractéres de fuego, me pareció ver esta palabra: «Castilla.»

—Sí, no hay duda: Castilla decia en aquel letrero misterioso, que era la estrella que debia guiarme á mi felicidad.

En cuanto á aquella aparicion secreta, cuyas palabras resonaron en mi oido, no sé por qué tenia mi

alma la esperanza de volver á hallarla en el mundo.

De cualquier modo, lo cierto es que resolví en aquel instante abandonar á Portugal, en cuanto tuviera fuerzas para ello, y á realizar este propósito se encaminaron todos mis actos.

Allí nada podia esperar.

La pobreza habia separado de mí á los amigos, me habia obligado á deshacerme de mis mapas, mis globos, y hasta de algunas prendas que eran recuerdos dulces de mis dias de ventura.

Dejaba en aquella tierra dos tumbas; pero ¿acaso no las llevaba tambien en mi corazon?

¿Podia olvidar á mi adorada esposa, á su madre, que me habia amado como á sus propios hijos?

Confiésoos, padre mio, que el único temor que me asaltaba era el que me inspiraba el porvenir de mi hijo.

Pero una voz secreta, que á mí me parecia la voz de la Providencia, me alentaba; y una noche, cuando todo estaba en silencio, cuando Lisboa dormia arrullada por el murmullo del Tajo, abandoné mi albergue; llevando de la mano á esta pobre criatura, y me dispuse á partir.

Un templo estaba abierto; y al pasar por él sentí vivos deseos de orar.

—Entremos, hijo mio,—dije á Diego;—vamos á pedir á Dios su amparo, y á despedirnos en su presencia de tu santa madre.

Media hora despues dejábamos la ciudad, envuelta entre las brumas de la noche, y á pié, sin recursos

confiando en la Proveidancia, nos dirigimos á esta nacion.

¡Cuánto hemos padecido en el camino!

El pobre niño se cansaba, y era forzoso que le llevase en brazos; la sed y el hambre nos asaltaban, y al llegar á los pueblos, nuestra única esperanza era la caridad.

—Y siendo genovés,—dijo el prior,—¿cómo no habeis pedido á vuestro compatriotas los medios de realizar vuestras ideas?

—¡Ah! Señor, ese es otro de los más dolorosos desengaños de mi vida.

—¿Luego habeis intentado?...

—Sí, he ofrecido el descubrimiento de las nuevas tierras á la noble república de Génova, en cuyo seno he nacido; lo he ofrecido tambien al senado de Venecia; lo he ofrecido al rey de Inglaterra; pero las respuestas de ambas repúblicas y de la Gran Bretaña han sido desfavorables.

Las tres han acogido con indiferencia mis proyectos, me han calificado tambien de visionario, y me han dejado en el abandono.

¡Oh! Si yo hubiera podido ir á mi patria, si los que lo gobiernan no hubieran estado preocupados por las rivalidades y las luchas que devoran á la Italia, si me hubieran oido, tal vez hubiera dado á Génova la gloria y la fortuna que al dirigirme á España vengo á ofrecer á sus augustos reyes.

—¿Segun eso,—preguntó el prior con el más vivo interés,—vuestros deseos son?...

—Me habeis acogido, padre y señor, con tanta bondad, me habeis escuchado con tanta atencion, que experimento una satisfaccion inmensa al confiaros mis intentos. Seguro del éxito de mi empresa, he fijado mis ojos en España, en esta nacion que tiene la fortuna de contar por monarcas á doña Isabel, excelsa y preclara reina, cuyas virtudes son el asombro y la admiracion de propios y extraños, y á don Fernando, varon insigne.

Su union ha convertido varios reinos en uno poderoso; las miradas del mundo están fijadas en él, y mi plan es dejar á mi hijo Diego al lado de su tio Beppo, que vive en Huertas, pueblo de esta comarca, y proseguir mi camino hasta la córte.

En ella buscaré los medios de ser oido, explicaré mis ideas, y obedeciendo al misterioso impulso que me guia á la realizacion de este plan, acataré con resignacion la voluntad de la Providencia.

Tal es, padre mio, la triste historia de mis esperanzas y mis desventuras.

En medio de los dolores que experimento, de las marguras que me aguardaban, no olvidaré nunca que en mi camino he hallado, en la casa de Dios, á uno de sus más dignos representantes. Sí, padre mio, vos me habeis escuchado con cariño y me habeis comprendido; ¿qué más podia desear al llamar á las puertas de este convento hospitalario?

Cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, yo bendeciré al cielo, porque al llegar á esta nacion os he encontrado, y es de muy buen augurio pa-

ra mi porvenir, poseer el aprecio y el interés de un varón tan ilustrado y tan bondadoso como vos.

—Sí,—exclamó el prior Juan Perez de Marchena;—el cielo es quien os ha conducido á esta casa; él es quien me ha inspirado vivos deseos de conocer vuestra historia. Contad conmigo para todo; os he comprendido, y prometo ayudaros.

Al llegar á este punto, se levantó el prior y rogó á Colon y á su hijo que le siguieran al refectorio.

Después de obsequiarlos con abundantes manjares, les ofrecieron en el convento cómodos lechos.

El prior reunió á sus hermanos.

—Creed,—les dijo,—que la Providencia nos ha traído hasta las puertas del convento á ese hombre ilustre, á ese genio inspirado, por más que esté hoy desconocido. Bendigamos á Dios y respetemos sus designios.

Juan Perez de Marchena estaba resuelto á amparar á Colon; aunque vivía en el retiro, había sido confesor de la reina Isabel, y conservaba sobre su corazón una poderosa influencia.

Dios había guiado los pasos de Colon hasta el convento de la Rábida.

Capítulo VII.

El prior Juan Perez de Marchena.

Dios se oculta en los detalles de las cosas humanas, y se presenta en su conjunto.

Ningun hombre sensato ha podido negar que los grandes acontecimientos que constituyen la vida histórica de la humanidad, han sido enlazados y coordinados secretamente por un hilo invisible, suspendido de la mano todopoderosa del soberano organizador de los mundos, para hacerles concurrir á un designio, á un plan.

¿Y cómo no había de suceder esto?

¿Cómo había de ser ciego el que ha dado la luz á los ojos?

¿Cómo había de carecer de idea y de pensamiento el que ha dotado á la criatura de inteligencia?

Los antiguos llamaban á este plan oculto, abso-